

## **TODOS LOS SANTOS**

### TEXTOS

#### DEL APOCALIPSIS (7,2-4 9-14)

Vi otro ángel que subía desde Oriente, con el sello de Dios vivo y gritaba con voz potente a los cuatro ángeles encargados de hacer daño a la tierra y al mar: no habáis daño a la tierra ni al mar ni a los árboles, hasta que no sellemos en la frente a los siervos de nuestro Dios. Oí el número de los marcados con el sello: ciento cuarenta y cuatro mil de todas las tribus de Israel. ... Después vi una multitud enorme, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua; estaban delante del trono y del Cordero, vestidos de estolas blancas y con palmas en la mano. Gritaban con voz potente: ¡la victoria a nuestro Dios, sentado en el trono, y al Cordero! Todos los ángeles se habían puesto en pie alrededor del trono, de los ancianos y de los cuatro vivientes. Cayeron de bruces ante el trono y adoraron diciendo: ¡Amén!, alabanza y gloria y saber y acción de gracias, honor y fuerza y poder a nuestro Dios por los siglos de los siglos Amén.

#### DE LA PRIMERA CARTA DE JUAN ( 3,1-3)

Ved qué grande amor nos ha mostrado el Padre: que nos llamamos hijos de Dios, ¡pues lo somos!. Por eso el mundo no nos reconoce, porque no lo reconoce a él. Queridos, ya somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos. Nos consta que cuando aparezca seremos semejantes a él y lo veremos tal cual es.

#### DEL EVANGELIO DE MATEO ( 5,1-12)

Viendo la muchedumbre, subió al monte, se sentó, y sus discípulos se le acercaron. Y tomando la palabra, les enseñaba diciendo: « Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, porque ellos serán saciados. Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, y os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en los cielos; pues de la misma manera persiguieron a los profetas anteriores a vosotros.

## REFLEXIÓN

Esta fiesta de "todos los santos" parece tener su origen en un sentimiento de culpa o de deseo de hacer justicia, respecto a todas aquellas personas santas que nunca han obtenido un reconocimiento público, ni canonizados oficialmente. Así se entiende normalmente y no está nada mal. Es el reconocimiento oficial y anónimo de todos aquellos a quienes veneramos como santos.

Nunca nos ha quedado demasiado claro qué es exactamente lo que queremos decir con el término "santos". Si se trata de todos aquellos que "están ya en el cielo", la fiesta de hoy es bastante semejante a la de mañana "conmemoración de todos los fieles difuntos", aunque ésta se suele entender desde la óptica de "todos aquellos que aún no están en el cielo y necesitan de nuestros sufragios", concepción más que discutible que no vamos a tratar aquí. Pero puede tratarse también de "todos aquellos que han seguido a Jesús de manera excelente" y se han hecho acreedores de nuestra veneración. Personalmente prefiero esta manera de pensar.

Los textos elegidos se dirigen más bien en este sentido. El Apocalipsis nos ofrece algo así como la visión del cielo, cuajada de los innumerables (y arcanos) símbolos a los que el libro nos tiene acostumbrados. Una visión, por cierto, extremadamente rígida, cultural y solemnísima, que disuena bastante con los gustos de nuestra época y de la sencillez de las imágenes usadas por Jesús. Parece el salón del trono de un Rey poderosísimo ante quien se postran reverentes (¿aterrados?) sus innumerables súbditos. Le falta amor a esta imagen. Y nos disuenan fuertemente expresiones como "los cuatro ángeles encargados de hacer daño a la tierra y al mar", que no entendemos ni queremos entender, o "la victoria a nuestro Dios, sentado en el trono", en la que resuena el eco de batallas contra personas.

Es interesante, discutible y peligrosa, la escena siguiente: los salvados del pueblo de Israel, por cierto ciento cuarenta y cuatro mil, y además de ellos, "una multitud enorme, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua...".

Puestos a hacer exégesis ramplona, ciento cuarenta y cuatro mil son poquísimos, en comparación con la enorme multitud que nadie podría contar. Y esa multitud enorme de nosotros israelitas parece una gran apertura a los no israelitas. Contra esto, se puede decir que ciento cuarenta y cuatro mil es doce por doce por mil, equivalente a la totalidad innumerable, y que "nación, raza, pueblo y lengua" equivale a toda la humanidad, también de toda religión. Pero todo esto no son más trucos de mala exégesis, que olvida el carácter fundamentalmente simbólico de este libro. La idea fundamental es el triunfo de Dios, las imágenes con que se expresa esta convicción no nos interesan demasiado y sacar conclusiones de ellas es sumamente peligroso.

El triunfo de Dios sí nos interesa, y, desde Jesús, sabemos en qué consiste: en el éxito del Proyecto de Dios, eso a los que Jesús llamaba "El Reino", eso que se expresa en la palabra "hijos", desarrollada en la segunda lectura y cuyo secreto íntimo se expone en el evangelio de Mateo.

La carta de Juan es sabrosa. Somos hijos. Y nada de hijos adoptivos sino hijos como el mismo Jesús. Aquí nos adentramos en un abismo de interpretaciones teológicas resbaladizo y peligroso. La altísima teología cristológica y trinitaria ha entendido

“hijo”, referido a Jesús dentro del campo semántico de la generación. El Hijo es la segunda persona de La Trinidad, engendrado (ino creado!) por el Padre antes de todos los siglos. La baja teología (que nos va mucho más) entiende que Jesús se sentía respecto Dios como se sentía ante sus padres, José y María, tan querido, confiado, protegido y exigido. Está en Dios como en su casa, y es éste el corazón de sus “estupendas novedades”. Cuando prevalece la teología altísima, nosotros dejamos de ser hijos y nos convertimos en adoptivos, y Jesús deja de ser el primogénito para convertirse en el Unigénito. Hasta aquí llego; que lo arregle el que pueda. Lo que sé es que la carta que hoy leemos me gusta y es tan palabra de Dios como cualquier otra afirmación del NT. “Ved qué grande amor nos ha mostrado el Padre: que nos llamamos hijos de Dios, ipues lo somos!”.

Me gusta más aún que “ya somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos. Nos consta que cuando aparezca seremos semejantes a él y lo veremos tal cual es”. No parecemos hijos. Un vistazo a la humanidad, cualquier trozo de telediario, no parece retratar a hijos sino a esclavos de indecibles miserias, hijos sin padre, tirados en una existencia escandalosamente miserable e injusta. La frase de la carta viene a ser un grito de esperanza, un acto de imposible fe en esto que vemos. Pero esa es precisamente nuestra fe en la humanidad: esto es el Proyecto de Dios, el Señor del Padre. Aunque parezca un sueño delirante, irreal, macabro y hasta sádico, fuera de todo realismo. También esto forma parte de núcleo de nuestra fe: creer en la humanidad, creer que el sueño de Dios no puede fallar, a pesar de la cruel evidencia de los ojos.

El sueño de todo padre y toda madre es la felicidad de sus hijos. No termina el trabajo de los padres en poner en el mundo a un hijo. Lo más importante viene luego: sacarlos adelante. Y éste es el trabajo de Dios. A veces nuestra fe en Dios/Abbá es demasiado estática, algo así como declarar que Dios es un buenazo inofensivo. Deberíamos pensar que los padres no pueden ser felices si no ven felices a sus hijos, y que ese es el sueño, el proyecto de Dios, lo que Jesús llamaba “su Reino”, una humanidad de hijos felices, plena y definitivamente felices.

Por esta razón, el corazón de la enseñanza de Jesús está en lo que llamamos “las bienaventuranzas”, que no es más que un código de felicidad al estilo de Jesús. No es un código moral, no es un conjunto de normas, ése no es el estilo de Jesús. Si intentamos entenderlo bien, habría que mejorar la traducción.

“Bienaventurados” es una palabra que ha perdido su significado. Hoy llamamos más bien “bienaventurado” al ingenuo que se lo cree todo. La palabra quiere decir “dichoso”, “feliz”. La expresión “pobre de espíritu” se aplica a los apocados. La palabra “manso” es peyorativa, lo opuesto a “bravo”. Pero no quieren decir eso, y ya es hora de que traduzcamos las palabras de Jesús a nuestro idioma, no al de nuestros tatarabuelos, quizá por un falso respeto, una miope fidelidad al texto (ipero no a su significado real y actual!)

Cuando Jesús hace estas exclamaciones está profesando su fe en una felicidad sorprendente y antagónica a nuestro concepto normal de felicidad. Aventurando una traducción más significativa podríamos quizá decir:

“¡Cuánto más felices seríais si no necesitarais tantas cosas, si no os fiarais tanto de tener y consumir!”

“¡Cuánto más felices seríais si vuestro corazón no fuese violento!”

“¡Cuánto más felices seríais si aprendierais a sufrir!”

“¡Cuánto más felices seríais si tuvierais hambre de un mundo justo!”

“¡Cuánto más felices seríais si aprendierais a perdonar!”

“¡Cuánto más felices seríais si tuvierais un corazón transparente!”

“¡Cuánto más felices seríais si trabajarais por la paz!”

“Y si tenéis que sufrir algo por ser así, ¡mucho más felices todavía!”

Éste es el código de felicidad de Jesús. Un código completamente absurdo, que niega los valores normales de nuestra sociedad. Nosotros ponemos la felicidad en poseer y disfrutar, en imponernos sobre otros, en no sufrir absolutamente nada, en no meternos en los líos de los demás, en pedir cuentas, en disimular, en desentendernos del dolor del mundo... y siguiendo esta lógica hemos construido un mundo inhabitable y conseguido (a veces y para muy pocos) un mundo inhabitable, lleno de infelicidad.

Está extraordinariamente bien elegida esta lectura para la fiesta de hoy. Celebramos a todos aquellos que aceptaron el código de felicidad de Jesús, les rendimos homenaje, reconocemos que son ellos, no nosotros, los que tienen razón, los que aciertan, los que trabajaron eficazmente por una humanidad mejor ... y los que fueron más verdadera y completamente felices.

Y, como siempre, todo esto termina en la palabra “misión”. La misión de Jesús fue dejar claro cómo es Dios y cómo es su sueño sobre sus hijos. La misión de Jesús fue poner en marcha ese sueño. Nosotros, los que decimos que creemos en Jesús, hemos aceptado continuar con su misión, trabajar por su sueño. Para eso, antes hemos descreérnoslo, hemos de hacer nuestro su código de felicidad.

Y hoy celebramos, agradecidos a los que antes de nosotros le creyeron y nos demostraron que es posible, satisfactorio, vivir al estilo de Jesús construyendo el Reino, el sueño de Dios.